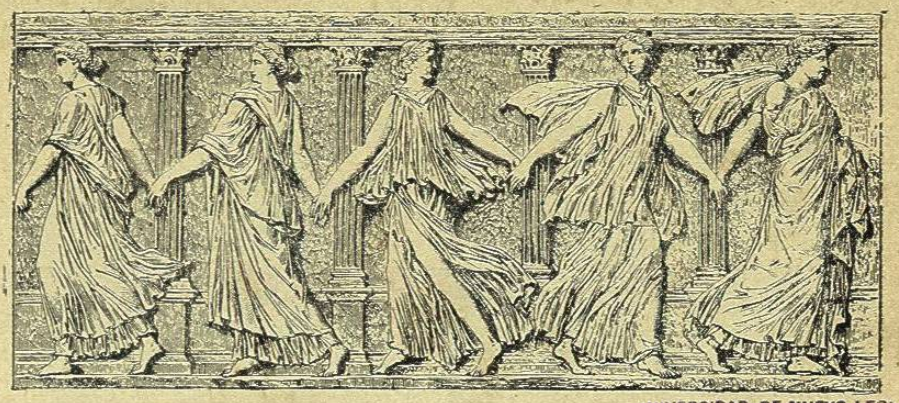
891.85
S
PG7158
S4
Q68
1900

ES PROPIEDAD

ACERVO DE LITERATURA
116255



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Poco después del mediodía, cansado y molido como siempre, despertó Petronio y abandonó el lecho. La noche antes había banqueteado con Nerón y hasta la madrugada no terminó el banquete. Hacía algún tiempo que la salud de Petronio estaba un tanto quebrantaba, y él mismo decía que por la mañana solía desvelarse, pareciéndole que su cerebro, aturdido, no acertaba á coordinar ideas. Pero el baño matutino y las fricciones que daban á su cuerpo hábiles esclavos hacían circular prontamente la sangre en sus venas, prestándole nuevo aliento y vigor. Aparecía, después del *oleotesio*, último detalle y complemento del baño, reanimado, con los ojos vivos y centelleantes, rejuvenecido, lleno de vida. Su complexión membruda y su airoso continente le hacían superior al mismo Otón, por lo cual nadie podía disputarle el título de honor con que se le conocía en Roma: *arbiter elegantiarum*.

Raras veces iba Petronio á las termas públicas, á no ser con motivo de la presencia en ellas de algún retórico insigne, ó cuando, en celebración de haber llegado á la mayor edad algún joven romano, podía esperarse una contienda llena de interés y de emociones.

En su *ínsula* poseía baños propios, que Cellere, el famoso colaborador de Severo, había construído y adornado con tanto gusto, que Nerón los prefería á los mismos baños imperiales, aun siendo éstos vastísimos y de exquisita y elegante magnificencia.

Y así, después de aquel banquete en el cual Petronio, fastidiado con las insípidas ocurrencias de Vatinio, había discutido con Nerón, con Lucano y con Séneca sobre el tema «si las mujeres tienen un alma,» se levantó tarde y se dirigió al baño.

Dos gallardos siervos lo tendieron sobre una mesa de ciprés, cubierta con fina y blanca batista de Egipto, y se apresuraron á dar á aquel delicado cuerpo una fricción con las manos untadas de perfumado aceite. Petronio, con los ojos cerrados, esperaba el efecto del baño templado y del *masaje* hasta entrar en reacción. Entonces abrió los ojos y pidió noticias acerca del tiempo y después acerca de las piedras que el joyero Idomeneo había prometido llevarle aquella misma mañana. Le con

testaron que el tiempo era espléndido, refrescada la atmósfera por un vientecillo de los montes Albanos; pero las piedras preciosas no habían llegado. Nuevamente cerró los ojos, y se disponía á ordenar que le trasladasen al *tepidarium*, cuando asomó por entre las cortinas la cabeza de un esclavo que anunciaba la visita del joven Marco Vinicio, recién llegado del Asia Menor. Petronio ordenó que hiciesen entrar al visitante en el *tepidarium*.

Vinicio era el hijo de su hermana mayor, casada con Marco Vinicio, cónsul en tiempo de Tiberio.

El joven había servido en la guerra contra los partos, bajo el mando de Corbulón, y ahora, terminada la lucha, regresaba á Roma. Petronio sentía por él gran afecto, porque Marco era hermoso y robusto y además un hombre que, aun en medio del desenfreno de sus compañeros, sabía conservar cierta medida justa. Esta última cualidad, especialmente, le hacía muy apreciable á los ojos de Petronio.

– ¡Salud, oh Petronio!, exclamó el joven guerrero, penetrando con desenvoltura en el *tepidarium*. ¡Que todos los dioses te concedan felicidades, y de manera especial Asclepiades y Ciprina! Sus protegidos están siempre salvos.

– ¡Seas bienvenido y encuentres dulce la paz después de la guerra!, contestó Petronio tendiéndole la mano. ¿Qué hay de nuevo en Armenia? Durante tu permanencia en Asia, ¿no fuiste nunca á Bitinia?

Petronio había sido procónsul en Bitinia y había gobernado con celo y justicia. Esto formaba un extraño contraste con su actual estado de molicie, si bien nada le complacía tanto como evocar aquellos tiempos, por la pueril vanidad de demostrar á las gentes lo que había sido y lo que hubiera podido ser, si hubiese querido.

– Estuve, por casualidad, en Heraclea, repuso Vinicio. Corbulón me envió para trabajos de fortificación.

– ¡Heraclea! Allí conocí á una joven de la Cólquida, á la que no habría cambiado por todas las mujeres de Roma, incluso Popea. Pero esto son antiguallas. Dime, ¿qué hacen los partos? En verdad te digo que estoy cansado de oir hablar de los volgos, tiridatos, tigraneses, de todos esos bárbaros que, según la expresión del joven Auruleno, en su tierra obran como animales y sólo en nuestra presencia intentan ser hombres. En Roma se habla mucho de estas cosas, porque es peligroso hablar de otras.

– La guerra va mal, y si no fuese por Corbulón podríamos temer una derrota.

– ¡Corbulón! ¡Por Baco! Es un verdadero dios de la guerra: bravo, sencillo y honrado general. Merece mis simpatías... porque Nerón le teme.

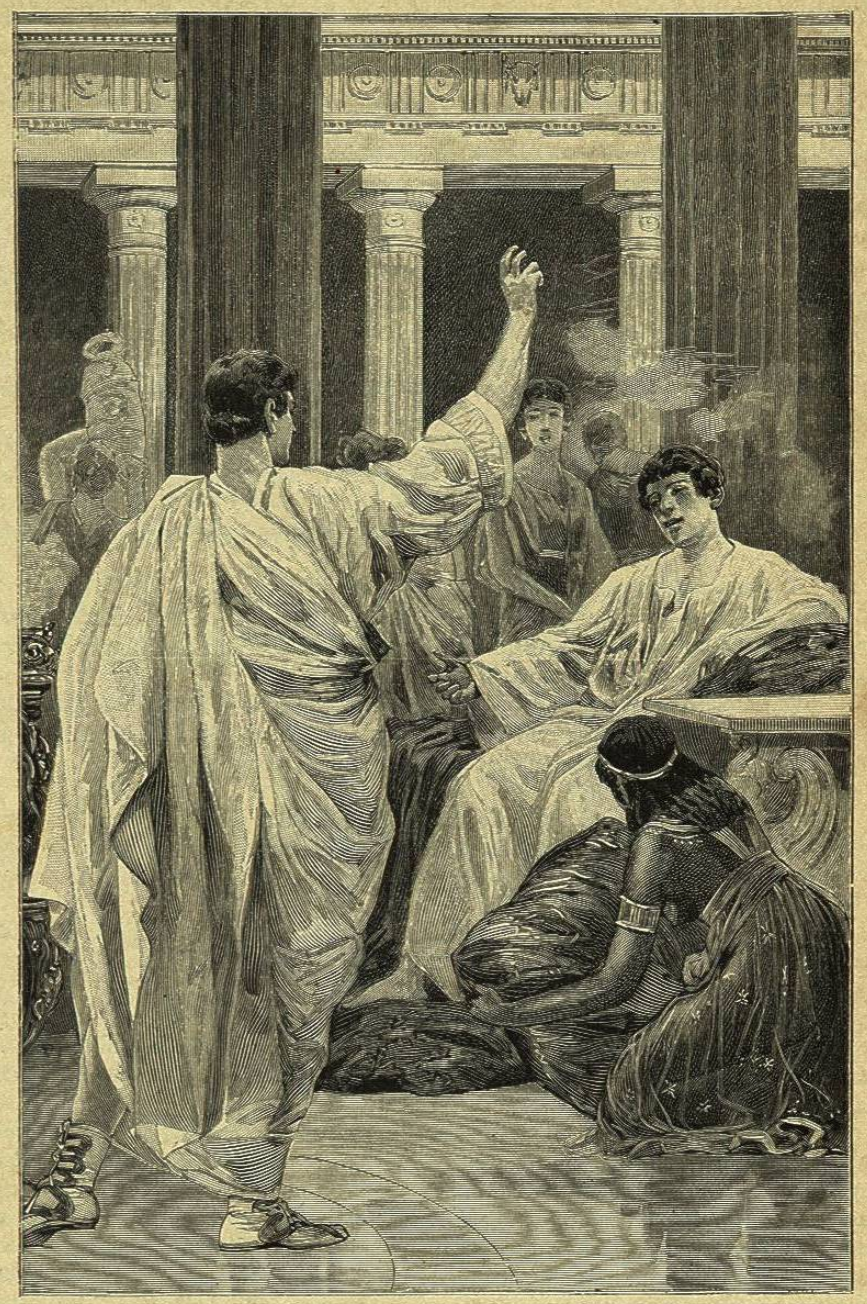
– Pero Corbulón no es ningún tonto.

– Quizá tengas razón..., pero da lo mismo. La tontería, dice Pirrón, no es mucho peor que la sabiduría y apenas se diferencia de ella.

Vinicio comenzó á narrar episodios de la guerra; pero viendo que Petronio dormitaba de cuando en cuando, y advirtiendo en su rostro evidentes señales de abatimiento, cortó de improviso el relato, pidiéndole noticias acerca de su salud.

¡Su salud! No se sentía bien, aunque no había llegado al extremo que Sissenes, el cual estaba tan desfallecido y desencajado, que todas las mañanas, cuando le llevaban al baño, solía preguntar: «¿Estoy ahora sentado ó de pie?» Sin embargo, Petronio no estaba bueno. Vinicio le había encomendado á la protección de Asclepiades y de Ciprina; pero Petronio no tenía fe en Asclepiades. Ni aún se sabía de quién era hijo ese Asclepiades, si de Arsinoe ó de Coronida; y si la madre estaba en dudas, ¿qué debía suceder con respecto al padre? Por otra parte, en aquellos tiempos, ¿quién tenía la certeza de saber quién era su propio padre?

Petronio se interrumpió con una carcajada y luego continuó:



¡Salud, oh Petronio!, exclamó el joven guerrero, penetrando en el *tepidarium*

– Hace dos años envié treinta y seis mirlos y un cáliz de oro á Epidauro; pero ¿no sabes por qué? Pues yo me dije: ignoro si me proporcionará algún beneficio; pero, seguramente, no podrá perjudicarme. Y si bien las gentes continúan ofreciéndole sacrificios, creo todavía que todos comparten mi opinión, todos... excepto, quizás, aquellos asneros que están en la Puerta Capena al servicio de los viajeros. Menos que con Asclepiades, deseo tener que habérmelas con sus hijos. Cuando, el año pasado, tuve aquella enfermedad que tú conoces, me vi sujeto á no sé cuántas curas. Comprendía perfectamente el juego de los que me rodeaban, pero me decía á mí mismo: «¿qué mal hay en ello?» El mundo se nutre de engaños, la vida no es más que ilusión, y el alma lo mismo. El hombre debe ser razonable, y lo que importa es saber distinguir los engaños agradables de los desagradables. ¿Por qué enciendo el leño de cedro impregnado de ámbar? Porque, desde que nací, he preferido siempre el perfume grato á la hediondez. En lo que concierne á Ciprina, á la que también me has encomendado, has de saber que á su protección debo la gota que padezco en el pie derecho. Por lo demás, es una excelente diosa. Y con toda seguridad, tarde ó temprano, sacrificarás en sus altares cándidas palomas.

– ¡Indudablemente!, contestó Vinicio. Las flechas de los partos me han respetado; no así el dardo de Amor, que me ha herido, inesperadamente, á poca distancia de las puertas de Roma.

– ¡Por las blancas rodillas de las Gracias! En ocasión oportuna hablaremos de este asunto.

– He venido expresamente á pedirte consejo.

En aquel momento comparecieron los siervos empleados en el baño de Petronio, conocidos por *depilatori*. Aceptando la invitación de Petronio, Marco Vinicio se despojó de la túnica y se sumergió en el templado baño.

– No necesito preguntarte si tu amor es correspondido, dijo Petronio mirando fijamente á su joven sobrino, que parecía esculpido en mármol. Si Lisipo te hubiera visto, adornarías á estas horas las puertas del Palatino, representando á Hércules adolescente.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro del guerrero, y con impulso rápido agitó el agua, rociando un mosaico del pavimento que representaba á Era en el momento en que suplica á Morfeo que duerma á Zeus. Petronio contemplaba á su sobrino con mirada de artista satisfecho.

Después que los siervos habían prestado á Vinicio todos los cuidados habituales, entró un lector con un canastillo de bronce en el que había varios paquetes de cartas.

– ¿Quieres oir también?, preguntó Petronio.

– Si es una obra tuya, con mucho gusto, respondió el joven Vinicio; en caso contrario, prefiero conversar. Hoy día se encuentran poetas y cantores al volver de cada esquina.

– Tienes razón; no se puede entrar en ninguna sala de justicia, en ninguna terma, en ninguna biblioteca, sin tropezar con un poeta, que gesticula como un loco. Agripa, cuando volvió de Oriente, no podía explicárselo y los tomaba por dementes rabiosos. Tal es su costumbre, y no hay más remedio que aguantarlos. César escribe versos y todos quieren imitarle; pero está terminantemente prohibido, ¡entérate bien!, escribir versos mejores que los de César. He aquí por qué temo por Lucano. Yo, en cambio, no escribo más que prosa y no obligo á nadie á escuchar la lectura de mis obras. Esto que suele leer el esclavo son trabajos del pobre Fabricio Veienio.

– ¿Por qué *pobre?*

– Porque se le ha comunicado que debe alejarse de Roma hasta nueva orden. Pintó nuestra ciudad, sus habitantes y sus costumbres; así es que todos buscan el libro con ansia y con temor, porque cada uno se cree retratado en él. En la librería de Avirno centenares de copistas se dedican á multiplicar los ejemplares de la obra. El éxito está asegurado.

– ¿Y tú no figuras en sus páginas?

– ¡También yo! Sino que el autor me ha visto sólo bajo un aspecto y no ha acertado á retratarme de cuerpo entero. Soy tal vez peor de lo que aparezco en el libro, pero no tan vulgar como Fabricio me pinta. De mucho tiempo á esta parte nosotros hemos perdido la noción de lo que es ó no es dignidad, y en cuanto á mí, no distingo una diferencia real, si bien Séneca opina de otro modo. Pero no me importa. ¡Por Hércules! Soy sincero en mis juicios y me satisface sobre manera conservar un criterio fijo y claro en lo que toca á la distinción entre lo bello y lo feo.

– Lo siento por Fabricio, que era un excelente compañero.

– La vanidad le ha perdido. No sabía dominarse y á todo el mundo confiaba sus propios secretos. ¿Conoces la historia de Rufino?

– ¡No!

– Pues bien; pasemos al *frigidario* y te la referiré.

Adornaba el *frigidario* una fuente de mármol colocada en el centro y de la cual manaba líquido abundante y oloroso que perfumaba la estancia con suave aroma de violetas.

Muellemente reclinados sobre yacijas tapizadas con gusto y riqueza, los dos amigos permanecieron silenciosos algunos instantes. Vinicio contemplaba meditabundo un fauno de bronce que se inclinaba sobre el agua en actitud de reconocer la profundidad del surtidor.

– Ese tiene razón, exclamó el joven, busca amor..., ¡lo más hermoso de la vida!

– ¡Ah!, eso, según. Tú, por ejemplo, al amor prefieres la guerra, que á mí no me place poco ni mucho, porque bajo las tiendas de campaña se descuida el aseo de las uñas y éstas pierden su rosado color. Por otra parte, cada uno tiene sus gustos. *Enobarbo* (1) ama el canto y especialmente el suyo; el viejo Scauro ama su vaso de Corinto, que coloca junto al lecho, besándolo en sus noches de insomnio: á fuerza de besos ha desaparecido el color del vaso tan querido. Dime, ¿tú no escribes versos?

– Todavía no he compuesto ni un hexámetro.

– Pero ¿cantas y pulsas la cítara?

– No.

– ¿Serás experto en guiar caballos?

– Una vez probé en las carreras de Antioquía, pero sin resultado alguno.

– En este caso, estoy tranquilo con respecto á tu suerte. ¿A qué partido perteneces en el Hipódromo?

– Al verde.

– Ahora quedo tranquilísimo, tanto más cuanto que tu riqueza, á pesar de ser considerable, no puede igualar á la de Pallante, ni á la de Séneca. Porque... ¡mira!, entre nosotros es cosa corriente y hasta laudable escribir versos, cantar, declamar, luchar en el Circo; pero es mucho mejor y, sobre todo, mucho más seguro no versificar, ni cantar, ni luchar. Mejor es entusiasmarse viendo hacer todas esas cosas á *Eno-*

(1) En latín *Ænobarbus* significa *barba de bronce*, que era el sobrenombre ó apodo con que se conocía á la familia Domicia, de la cual descendía Nerón.

barbo. Tú eres joven y bello y por eso corres el peligro de que Popea se enamore de ti. Pero ¡no!; es mujer de alguna experiencia y quedó satisfecha con el amor del primero y del segundo marido: con el tercero lleva otras miras. ¿No sabes que el infeliz Otón está enamorado de ella como un loco? Va el hombre por aquellos escarpados montes de España luchando á brazo partido..., y enviando á Roma suspiros. Ha cambiado de tal modo sus costumbres, que ahora le bastan tres horas al día para peinarse. ¿Quién lo hubiera creído en Otón?

– Puedo imaginarlo fácilmente; pero, en su lugar, yo hubiera procedido de manera distinta.

– ¿Cómo?

– Yo habría reunido fieles legiones entre aquellos montañeses. Los iberos son muy buenos soldados.

– ¡Vinicio, Vinicio! Casi estoy por decir que no habrías sido capaz de tal empresa. ¿Sabes por qué? Porque esas cosas se hacen sin que nadie pueda sospecharlas. Yo, divirtiéndome á costa de Popea, hubiera también formado legiones, pero no de iberos, sino de iberas. Y cuando no otra cosa, hubiera escrito epigramas, sin leerlos á nadie, no me ocurriese lo que al pobre Rufino.

– ¿No querías contarme su historia?

– La oirás en el *untuario.*

Pero en el untuario les aguardaban dos lindas esclavas, dispuestas á untar á los dos patricios con aromáticos ungüentos de Arabia: hábiles peinadoras de Frigia tenían en las manos delicados peines y espejos de terso acero; dos jóvenes griegas, de Cossa, esperaban el momento oportuno para entrar en las funciones propias de su cargo de *vestipicæ*, que consistían en poner las togas y arreglar artísticamente sus pliegues.

– ¡Por Júpiter Tonante!, dijo Marco Vinicio. ¡Qué hermosa colección!

– Prefiero la calidad al número, contestó Petronio. Mi servidumbre en Roma no pasa de cuatrocientos individuos, y opino que el verdadero señor no necesita más para un servicio cómodo.

– Creo que el mismo *Enobarbo* no posee esclavas tan agraciadas.

– Y yo no puedo soportar la fealdad, replicó Petronio. Y luego, no soy pedante como Aulo Plaucio.

Al oir este nombre, Vinicio olvidó un instante á las esclavas griegas, y levantando instintivamente la cabeza, preguntó:

– ¿Cómo se te ocurrè hablar de Aulo Plaucio? ¿Ignoras que pasé en su casa varios días, cuando fuera de las puertas de Roma me disloqué el brazo? Plaucio, por casualidad, fué testigo del accidente, y al ver cómo sufría, me abrió generosamente su casa. Su médico, el esclavo Merieno, me curó con gran solicitud. Sobre esto precisamente venía á hablarte.

– ¡Ah! ¿Sí? ¿Quizá porque te enamoraste de Pomponia? En tal caso, te compadezco, porque esa mujer no es joven y es virtuosa. ¡No podía ocurrírsete cosa peor!

– De Pomponia, no, contestó Vinicio con un suspiro.

– Pues entonces, ¿de quién te has enamorado?

– ¡Si yo lo supiese!... Con certeza ni el nombre conozco...: Licia... ó Calina, En su casa la llaman Licia, porque desciende de los Licios, pero su verdadero nombre bárbaro es Calina. ¡Extraña casa la de Plaucio! No obstante habitar en ella tanta gente, reina una tranquilidad tan perfecta como en los bosquecillos de Subiaco. Largo tiempo estuve ignorando que allí moraba una diosa. Un día, al rayar el alba, la vi, dulce y pensativa deslizarse por entre las discretas sombras del jardín. Yo temía que el sol naciente, cuyos primeros rayos parecían pasar á través

de aquel cuerpo alabastrino, la hiciera desaparecer. Desde aquel día he vuelto á verla dos veces y ya no vivo en paz, ni tengo otro deseo, ni me seduce ningún placer de los que Roma puede ofrecerme. Las mujeres, el oro, las perlas, el vino, los banquetes no tienen para mí ningún atractivo. Mi corazón sólo reclama á Licia.

– Si es una esclava, cómprala.

– No es una esclava.

– ¿Qué es, entonces? ¿Una liberta de Plaucio?

– Nunca fué esclava, y por eso no puede ser liberta.

– Pero..., en fin, ¿quién es?

– No sé; la hija de un rey ó algo semejante.

– Excitas mi curiosidad, Vinicio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

– Voy á satisfacértela en seguida. Escúchame. Su historia es breve. Quizá tú conozcas personalmente á Vannio, el rey de los suevos. Arrojado de su país, vivió largo tiempo en Roma, donde adquirió cierta notoriedad por su fortuna en el juego de los dados y por su habilidad como auriga. Druso logró reponerlo en el trono. En un principio Vannio reinó con acierto y fué afortunado en la guerra; después empezó á oprimir no sólo á los pueblos vecinos, sino también á sus propios súbditos, por lo cual se sublevaron sus dos sobrinos Vangio y Sido, que en unión de los hijos de Vibilio, rey de los ermunduros, y con el apoyo del vigoroso pueblo de los licios, obligaron al rey á regresar á Roma... y á tentar de nuevo á la suerte en el juego.

– Lo recuerdo perfectamente. Eso ocurrió en tiempos de Claudio.

– ¡Precisamente! Encendióse la guerra. Los bárbaros, en gran número, invadieron nuestros confines. Entonces el jefe de las legiones danubianas, Atelio Istero, pidió á los licios triunfadores, reputados como los más peligrosos, que no atravesaran la frontera. Los licios no sólo lo prometieron, sino que dieron en rehenes á las mujeres y niños, que los bárbaros llevan siempre consigo en la guerra, y entre los cuales se encontraba mi Licia, hija del jefe que los conducía.

– ¿Por quién has sabido todo eso?

– Por el mismo Aulo Plaucio. Los licios no violaron las fronteras; pero los bárbaros van y vuelven como la marea. Sin embargo, los licios desaparecieron: batieron á los suevos y á Vannio, pero cayó su jefe, y cuando se retiraron con el botín, los rehenes permanecieron en poder de Istero. Poco después murió la madre de Licia, y no sabiendo Istero qué hacer de la hija, la envió á Pomponio, gobernador de Germania. Al terminar éste la guerra con los celtas, volvió á Roma, donde Claudio, como sabes, le preparó una entrada triunfal. La niña caminaba detrás del carro del conquistador. Celebradas las fiestas, recordando Pomponio que los rehenes no pueden ser considerados como prisioneros de guerra y no sabiendo además cómo colocar definitivamente á la muchacha, la consignó á su hermana Pomponia Grecina, la mujer de Plaucio. En aquella casa todos son virtuosos, desde el dueño hasta el último gallo del corral, y así aquella niña creció virtuosa como la misma Pomponia, pero tan bella que, en parangón con Popea, ésta parecería un higo de otoño al lado de la manzana de las hespérides.

– ¿Y qué tenemos con eso?

– Te repito que desde el momento en que la vi iluminada por el sol naciente quedé locamente enamorado.

– ¿Y si el sol no la hubiese iluminado?.. ¿Si hubiese amanecido nublado?..

– ¡No te burles, Petronio! Si no sabes apreciar la franqueza con que te hablo, debes saber, al menos, que las apariencias engañan. He de confesarte también que, á mi regreso del Asia, dormí una noche en el templo de Mopso, con la esperanza

de tener un sueño profético. Y, en efecto, Mopso se me apareció, anunciándome que el amor operaría una profunda transformación en mi vida.

– Dice Plinio, replicó Petronio, si no recuerdo mal, que él no cree en los dioses, pero sí en los sueños, y tal vez no le falte razón. A pesar de mis humoradas, muchas veces pienso que no hay más que una divinidad eterna, creadora, omnipotente: Venus generatriz, que une las almas y junta lo que vive con lo inanimado. Eros fué quien sacó el mundo del caos: si hizo bien ó mal, es cuestión aparte. Pero siendo cosa hecha, nosotros debemos reconocer la potencia, aunque luego nos sea lícito alabarla ó maldecirla.

– Reconozco, Petronio, que de ti puede esperarse una lección de filosofía antes que un buen consejo.

– Vamos á ver, ¿qué deseas?

– Quisiera poseer á Licia. Quisiera que estos brazos, que ahora se agitan en el aire, rodeasen la cintura de Licia y la apretasen contra mi corazón. Si fuese una esclava, ofrecería por ella á Plaucio cien mujeres jóvenes y hermosas. La quiero para mí hasta que mis cabellos sean tan blancos como la nieve que cubre la cima del Soracta.

– Licia no es una esclava, pero pertenece á la familia de Plaucio, y desde el momento en que fué abandonada por los suyos, hay que considerarla como pupila. Plaucio, si quiere, te la puede ceder.

– ¡Parece que no conozcas á Pomponia Grecina! Ambos esposos la aman como si fuese su propia hija.

– Conozco á Pomponia. Es un sauce llorón. Desde la muerte de Julia no ha dejado el luto, y en ocasiones parece que vive en el reino de las sombras y de los misterios. Además es una *univira*, y á diferencia de nuestras mujeres, que se divorcian tres ó cuatro veces, ella viene á ser una verdadera ave fénix. ¿Has oído decir si de algún tiempo á esta parte ha aparecido en el Alto Egipto un ave fénix? Es un caso que sólo ocurre una vez cada quinientos años.

– ¡Petronio, Petronio! ¡Dejemos en paz al ave fénix!

– Pero ¿qué puedo decirte? Conozco á Aulo Plaucio como un hombre que, aun desaprobando el género de vida que llevo, me tiene en más estima y me respeta más que muchos otros, porque sabe que no me he ocupado jamás en denunciar, como Domicio Afro, Tigelino y otros amigos de *Enobarbo*. Aunque no presumo de estoico, algunas veces he censurado los actos de Nerón, para los cuales Séneca y Burro tienen siempre palabras de indulgencia. Si crees que puedo serte útil cerca de Plaucio, dispón de mí con entera libertad.

– Creo que puedes serme utilísimo. Tienes influencia sobre él y tu claro ingenio te facilitará el medio de salir airoso en la empresa. Supongamos que, después de enterado de la marcha de los asuntos, hablas con Plaucio...

– Tú exageras el alcance de mi influencia y de mi ingenio. Pero, si no es más que eso, hablaré con Plaucio apenas haya regresado á la ciudad.

– Volvió hace pocos días.

– Vamos ahora al *triclinio*, donde nos espera la comida; después nos conducirán á casa de Plaucio.

– Siempre has sido para mí un tío bueno y cariñoso, respondió Vinicio alegre y contento. De hoy en adelante, tu estatua, trasladada á mis lares, recibirá frecuentes sacrificios.

Así discurriendo, volvióse hacia las estatuas que adornaban una de las paredes de aquella perfumada estancia, y encarándose con la que representaba á Petronio en forma de herma exclamó:

– ¡Por los rayos de Elio, si el divino Alejandro se te asemejaba, ya no me asombra Elena!

En esas entusiastas frases la adulación corría parejas con la sinceridad, porque, en medio de todo, Petronio era hermoso, quizá más hermoso que Vinicio, aunque no tan joven, ni de formas tan atléticas. Las mujeres de Roma no sólo admiraban en él la vivacidad de su cáustico ingenio y la delicadeza de sus gustos, por lo que había merecido el título de *arbiter elegantiarum*, sino también por la hermosura de su persona.

Tal admiración podía leerse en los rostros de las esclavas griegas que le arreglaban artísticamente los pliegues de la toga. Una de ellas, Eunica, que en secreto le amaba, tenía fija la mirada en él, como poseída de un éxtasis de humilde adoración, que conmovía profundamente. Él, en cambio, sin darse siquiera cuenta de la presencia de la esclava, se dirigía á Vinicio sonriendo y citando alguna sentencia de Séneca acerca de las mujeres. Después, apoyando un brazo sobre la espalda del sobrino, se encaminó hacia el *triclinio*.

Las dos esclavas de Cossa, las de Frigia y las dos negras de Etiopía ocupábanse mientras tanto en perfumar y guardar los vasos de ungüentos. Por entre los cortinajes del *frigidario* asomaron las cabezas de los esclavos. A una señal convenida, todas las esclavas, menos una de las griegas, desaparecieron detrás de la cortina. Era el principio de una orgía que se verificaba en las salas del baño y que el inspector no prohibía, porque gustaba también de la fiesta y en ella tomaba parte muy principal. Petronio conocía algo de eso; pero como hombre razonable y prudente y poco aficionado á regañar, se hacía el desentendido.

Solamente Eunica permaneció en el *untuario*. Sentóse algunos momentos, escuchando las voces y las carcajadas que parecían alejarse en dirección del *lacónico*. Después tomó la yacija, adornada de ámbar y marfil, en que poco antes estuvo sentado Petronio, y con gran cuidado la colocó junto á la estatua del patricio. Una luz fantástica y multicolor inundaba aquella silenciosa habitación, impregnada de perfumes dulces y voluptuosos.

Eunica subió sobre la silla, y al hallarse á la altura de la estatua, la echó los brazos al cuello, juntando fervorosamente su boca con los fríos labios de Petronio.